

De América Latina a Brasil: la política exterior argentina frente a Estados Unidos

From Latin America to Brazil: argentine foreign
policy vis-à-vis the United States

Roberto Miranda

RESUMEN

La relación de Argentina con Estados Unidos fue históricamente inestable, en gran medida atravesada por la discordia recurrente entre ambos países. La política exterior argentina, con vocación autonomista, trató de moderar la influencia de Washington sobre sus decisiones y acciones mediante alternativas destinadas a abrir o ampliar márgenes de maniobrabilidad internacional. El objetivo de este trabajo es analizar la alternativa elegida por la política exterior argentina para afrontar la hegemonía estadounidense en dos momentos diferentes, con el fin de describir y evaluar la materialización autonomista de tal política. Uno de los momentos fue el escenario de la Guerra Fría en el cual los gobiernos democráticos optaron por priorizar América Latina y los países de esta región. El otro escenario fueron los primeros años de la actual centuria, en los cuales los gobiernos kirchneristas privilegiaron Sudamérica y los países de esta subregión. La conclusión es que Argentina, cuando se volcó a América Latina, relegó a Estados Unidos sin sustituirlo por otro actor poderoso, como así también alivió su dependencia con el hegemón cuando concentró su política exterior en Sudamérica, aunque en este caso reforzó la dependencia con Brasil.

Palabras clave: política exterior argentina; autonomía; Estados Unidos; América Latina; Brasil.

ABSTRACT

Argentina's relationship with the United States was historically unstable, largely through recurrent discord between the two countries. Argentina's

Roberto Miranda

robertoxmiranda@yahoo.com.ar

Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas (CONICET)

ARGENTINA

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Miranda, R. (2020). De América Latina a Brasil: la política exterior argentina frente a Estados Unidos. *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas*, 25(2), 15-30.

<http://dx.doi.org/10.30972/rfce.2524563>



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Revista de la Facultad de Ciencias Económicas
ISSN 1668-6357 (formato impreso) ISSN
1668-6365 (formato digital) por Facultad de
Ciencias Económicas Universidad Nacional
del Nordeste (UNNE) Argentina se distribuye
bajo una Licencia Creative Commons
Atribución – No Comercial – Sin Obra
Derivada 4.0 Internacional.

foreign policy, with an autonomist vocation, sought to moderate Washington's influence on its decisions and actions through alternatives aimed at opening or expanding margins of international maneuverability. The target of this work is to analyze the alternative chosen by the Argentine foreign policy to confront the American hegemony in two different moments, in order to describe and evaluate the autonomist realization of such a policy. One of the moments was the Cold War scenario in which democratic governments chose to prioritize Latin America and the countries of this region. Another stage there were the first years of the current century, in which the governments kirchneristas privileged South America and the countries of this subregion. The conclusion is that Argentina, when it turned to Latin America, relegated the United States without replacing it with another powerful actor, as well as relieved its dependence on hegemon when it concentrated its foreign policy in South America, although in this case it reinforced dependence with Brazil.

Keywords: argentine foreign policy; autonomy; United States; Latin America; Brazil.

INTRODUCCIÓN

La relación de Argentina con Estados Unidos fue históricamente inestable, en gran medida atravesada por la discordia recurrente entre ambos países. En numerosas ocasiones primó la actitud de frenar o impedir políticas estadounidenses. La neutralidad diplomática de Argentina frente a los conflictos bélicos mundiales, más los disensos políticos durante la Guerra Fría, y el distanciamiento gestado en varios años de este siglo, fueron algunas de las cuestiones que reflejaron la rutina de los desencuentros entre Buenos Aires y Washington. La discordia tuvo dos ejes fundamentales. Uno, fue el parentesco económico y cultural de Argentina con Europa al cual se añadió, en determinados momentos, cierta dosis de nacionalismo, y otro eje fue su inclinación por considerar que en el mundo existía el Sur frente a la hegemonía hemisférica de Estados Unidos. A excepción de algunas situaciones puntuales, la política exterior argentina -a través del tiempo- fue contrayendo un acervo escéptico ante los objetivos estadounidenses.

Hubo dos escenarios, entre otros, en los cuales la política exterior argentina procuró moderar la influencia de Estados Unidos sobre sus decisiones y acciones. Uno de esos escenarios fue la Guerra Fría en el cual los gobiernos democráticos establecieron sus divergencias con los desig-nios hegemónicos. Entre las políticas exteriores de las gestiones de Juan Perón, Arturo Frondizi, Arturo Illia y Raúl Alfonsín, hubo diferencias en cómo abordar y procesar el contexto externo, pero esas disparidades no opacaron la enorme concordancia que tales políticas tenían en cuanto a tratar de contener la incidencia de Washington sobre el comportamiento internacional de Argentina. El portar esta decisión no fue nada fácil dada la rigidez de la tensión Este-Oeste y el control continental impuesto por el hegemón a través de la disciplina del bloque occidental. La

mencionada decisión fue un claro desafío argentino para afrontar las fuertes presiones ejercidas por el “jefe de bloque” para que se encolumnara detrás de sus proyectos políticos y militares.

La idea de recortar la influencia estadounidense sobre la política exterior argentina, volvió a plantearse en el escenario de la actual centuria mientras los poderes emergentes irrumpían en la toma de decisiones de los asuntos mundiales, discutiendo de igual a igual con las grandes potencias. Aquella idea fue asumida por los gobiernos kirchneristas (Néstor Kirchner y Cristina Kirchner), entre 2003 y 2015, cuyas políticas exteriores experimentaron más lejanía que proximidad con Washington. Uno de los factores que más colaboró con este acontecimiento político, fue el contexto internacional a través del cual Argentina se vio muy favorecida, debido al rédito económico logrado gracias a la gran demanda china de soja. Otro factor, también del contexto externo pero referido a la región, fue el clima de amistad y cooperación anidado entre los países latinoamericanos, especialmente por las afinidades intergubernamentales, las de carácter ideológico o político. Este clima contó con la ventaja de la desatención de Estados Unidos por la región, al focalizar su interés en los conflictos abiertos en otros sitios del planeta (Fonseca, 2008).

En un escenario y en otro, la discordia entre Argentina y Estados Unidos estuvo relacionada con la vocación autonomista que animó a la diplomacia de la Casa Rosada. Precisamente, una de las premisas fundamentales del enfoque de la autonomía es la posibilidad de un país periférico y subdesarrollado de discrepar con el hegemon, las grandes potencias o la potencia regional mayor, lo cual significa ejercer “capacidad de decisión propia considerando los condicionantes objetivos del mundo”. El discrepar es un acto heterodoxo, no secesionista, crítico pero sistémico que implica movilizar recursos de poder, material o duro vinculado a la capacidad estatal de posesión, y político o blando referido a la construcción diplomática de lo relacional, ambos tendientes a reducir o eliminar dependencia, la cual es una invariante de tipo estructural en un país periférico y subdesarrollado. Se supone que este país tiene a mano dos tipos de decisión: procesar iniciativas para evitar las restricciones externas, o bien gestionar alternativas para mitigar el influjo del actor dominante.

En base a tales tipos de decisión, el país periférico y subdesarrollado puede abrir o ampliar los márgenes de maniobrabilidad internacional, como medio práctico para apoyar la actitud de discrepar frente a las naciones poderosas. La apertura o extensión de aquellos márgenes, está ligada al aprovechamiento del contexto externo y a las potencialidades domésticas, con el fin de desconcentrar los vínculos internacionales del país. En tal contingencia no se pone en juego la retórica de gobiernos de creencia soberanista como suele ocurrir, sino la gestión de hacer efectiva la política exterior autonomista teniendo en cuenta la “capacidad de vigilancia del Estado” (Brown, 2013, p.263). Justamente, el disponer del ensanchamiento de las relaciones internacionales, es restringir la dependencia con un actor o pocos actores y multiplicar la dependencia con muchos que es una forma de diluir la misma, lo cual favorece el dislinde entre el interés nacional de la potencia dominante y el interés estratégico del espacio geográfico al cual pertenece el país periférico.

El activar márgenes de maniobrabilidad internacional conlleva una condición necesaria que es la de forjar poder blando para respaldar el poder material portado por el país. En esta instancia es posible que el poder blando genere poder compartido con otro u otros países a través de un ejercicio de asociación política, o bien configure poder propio independiente de objetivos del hegemon, las grandes potencias o la potencia regional mayor. Si bien el tener poder compartido es importante para todo país periférico y subdesarrollado, no deja de ser un poder circunstancial derivado de transacciones políticas, a menudo atadas al carácter cambiante de los objetivos de quienes engendraron estas transacciones, o a las modificaciones de los contextos internacionales y de los domésticos de cada uno. De modo que el propósito de determinar poder propio se transforma en una condición suficiente para que la política exterior del país periférico y subdesarrollado impulse decisiones heterodoxas, sobre todo acciones tendientes a la sustentabilidad en el tiempo de la intención autonomista.

Es un requisito insoslayable para atemperar la dominación de terceros, conservar la autoridad institucional en la toma de decisiones de la política exterior, y prescribir estrategias de acomodación al contexto internacional, en los momentos en los cuales este contexto es favorable al país periférico preparándose para cuando el mismo deje de ser ventajoso, o bien en los momentos en los cuales es desfavorable imaginando opciones destinadas a eludir la agudización de la vulnerabilidad externa. Una y otra estrategia de acomodación interpela a la política exterior computar poder propio para que las acciones autonomistas en lugar de quedar como referencia discursiva o de bajo impacto estatal, terminen como efecto de decisiones independientes de los objetivos de países poderosos.

El citado efecto fue buscado por los gobiernos democráticos durante la Guerra Fría, como así también por las gestiones kirchneristas en el presente siglo, y en este sentido la política exterior de cada uno consideró la situación del contexto internacional con el que se encontró, y decidió un determinado camino a seguir para consumir acciones autonomistas. De manera que el objetivo de este trabajo es analizar la alternativa elegida por la política exterior argentina para afrontar la hegemonía estadounidense en dos momentos diferentes, con el fin de describir y evaluar la materialización autonomista de tal política. No se trata de un análisis comparativo para determinar, entre semejanzas y diferencias, en cuál de los momentos en cuestión Argentina tuvo una política exterior autonomista. Por varios y distintos motivos, uno y otro momento no son comparables entre sí. Por otra parte, en el análisis que se propone tampoco se trata de desarrollar la política exterior de cada gobierno en particular, es decir, la totalidad de sus percepciones, decisiones y acciones, para mencionar tres variables de las posibles. El trabajo se focaliza en la política exterior que se pergeñó en la región para neutralizar objetivos estadounidenses.

La metodología empleada se basó en un estudio descriptivo y a la vez evaluativo de lo que fueron dos experiencias de política exterior. Con el análisis descriptivo se determinaron las características de cada política exterior en relación a la región, mientras que con el tratamiento evaluativo se compulsó el proceso de concreción de las intenciones de tal política frente a la he-

gemonía estadounidense, primordialmente el alcance logrado por la misma para autonomizarse ante el actor poderoso. El examen de la relación bilateral de Argentina con Estados Unidos se abordó, en un caso durante la Guerra Fría, y en el otro, en lo sucedido en gran parte de este siglo.

REGIÓN Y SUBREGIONES

El control sobre el continente americano como lo había intentado el secretario de Estado James Blaine en la primera Conferencia Panamericana de 1889, finalmente se concretó una vez concluida la segunda guerra mundial. A partir de ese momento, Estados Unidos convirtió a la región en su esfera influencia bajo un dominio básicamente estratégico-militar que perdura hasta la fecha, después de haber pasado por diferentes etapas. La etapa de la Guerra Fría fue un escenario muy hostil para América Latina, a pesar de la moderación que fue teniendo el control estadounidense, desde la rigidez de fines de los cuarenta hasta la desactivación de la doctrina Kirkpatrick y la Iniciativa para las Américas, de 1990. Las restricciones al uso de los ámbitos internacionales y la inestabilidad doméstica como consecuencia del auge del poder militar, fueron dos factores que afectaron enormemente a los países latinoamericanos y Argentina no fue la excepción, los padeció de manera significativa.

Las limitaciones para moverse libremente por el mundo, dificultaron la búsqueda de un posicionamiento internacional estable y sólido acorde a las condiciones estatales de Argentina. La imposición hegemónica de la tensión Este-Oeste a la agenda regional, fue un obstáculo relevante que contrarió el interés de los gobiernos democráticos por mejorar las relaciones Norte-Sur para reducir la desigualdad económica y social. Por otra parte, la presión militar sobre los gobiernos democráticos, además de generar inconstancia política, dio lugar a un gran retroceso institucional del país al establecer la rutina de la discontinuidad constitucional. En un poco más de cuarenta años, gobiernos democráticos y regímenes militares se repartieron casi por igual el tiempo de permanencia en el poder. Esta situación repercutió directamente en la política exterior, la cual osciló entre posturas occidentalistas empujadas por la lucha ideológica y militar de la Guerra Fría, y posturas inspiradas en la dicotomía desarrollo-subdesarrollo.

Sobre la citada dicotomía giró la política exterior de los gobiernos democráticos en un ambiente de marcada incomodidad para la toma de decisiones, por el tiempo geopolítico que los inducía a la desconfianza diplomática y a la competencia militar con el vecino, cuando en realidad tales gobiernos se oponían a esta situación y en su lugar enarbolaban el concepto de cooperación internacional. Este concepto fue esencial para atenuar el control estadounidense sobre las decisiones y acciones de la política exterior, en cuanto tal política pretendía colaborar con la resolución de los problemas estructurales del país, obviamente ajenos a las cuestiones de la bipolaridad. La cooperación fue una herramienta de poder que se volvió tangible cuando los

gobiernos democráticos priorizaron a América Latina como el espacio geográfico posible para desarrollar políticas independientes de los intereses de Estados Unidos, sin afectar el reconocimiento de su condición de “jefe de bloque”, pero procurando integrarse al mundo a través de la comunidad con países de la región, descartando prejuicios ideológicos y diferencias políticas.

Si bien la opción por Latinoamérica estuvo relacionada con la pertenencia geográfica, identidad cultural, subdesarrollo y periferia política, lo destacable fue el ideal unionista sobre el cual convergían el discurso y las acciones de todos los gobiernos democráticos¹. Más allá de sus diferencias de política exterior entre actitudes principistas y pragmáticas, aquellos gobiernos coincidieron en apostar por la cooperación internacional y promover la integración como proyecto interestatal. Sin duda, el pensamiento cepalino como la crítica dependentista a este pensamiento, a pesar de ser enfoques teóricos disímiles, contribuyeron a la fundamentación del ideal unionista expresado por las distintas gestiones gubernamentales, al menos desde el punto de vista de las relaciones internacionales, creando conciencia de que la integración entre países de Estado débil y estructura subdesarrollada concerniente a un mismo espacio regional, era una posibilidad cierta para mejorar la posición argentina en el bloque occidental, al margen de la dependencia económica con Estados Unidos y de los refuerzos institucionales de su liderazgo, como la Organización de Estados Americanos.

Como se señaló más arriba, el escenario de 2003 a 2015 fue bien distinto al de la Guerra Fría. En lugar de tratar de atenuar el control estadounidense sobre la política exterior como ocurrió durante la tensión Este-Oeste, los gobiernos kirchneristas pretendieron superar esta preponderancia hegemónica. En la región se produjeron situaciones políticas y económicas muy importantes, cuyos procesos no se llevaron a cabo de acuerdo a objetivos de Estados Unidos, lo cual suscitó desde Argentina y otros países latinoamericanos el estar transitando una etapa pos-hegemónica. Por otra parte, la reestatización de la política y las propuestas de bienestar social impulsadas por diferentes países de la región, también originaron la impresión generalizada de estar recorriendo un paisaje pos-neoliberal. A este escenario tan especial, se sumó el aumento de la cooperación Sur-Sur y triangular a través de la intensificación de las relaciones bilaterales entre países latinoamericanos y las vinculaciones multilaterales regionales. Todos estos aspectos fueron interpretados como limitantes a la esfera de influencia estadounidense.

La creciente participación de los poderes emergentes en la política y economía mundial, también fue visto como una traba a la incidencia de Washington sobre Latinoamérica. Sin embargo, la fragmentación de la región entre América Latina del Norte y América Latina del Sur (Kacowicz, 2008; Dallanegra Pedraza, 2010) modificó esa perspectiva en cuanto México y Brasil, como Estados-pivot de Estados Unidos, se transformaron en potencia dominante de cada subregión. La diferencia de roles entre estos países, México como “nexo” y Brasil como

¹ El ideal unionista está relacionado con la concepción de una América Latina integrada que, históricamente, no pudo consumarse frente a la realidad de las escisiones recurrentes en la región. Al respecto, ver Kalinsky y Russell (1984).

“catalizador” (Rocha y Morales, 2008), terminó definiendo lo que fue una prueba imprevista y trascendental. Estados Unidos focalizó su influencia en el Norte de la región, lo cual benefició a Brasil que pudo moverse con “mayor independencia relativa” que México respecto a la potencia hegemónica. Así, Sudamérica adquirió un *status* internacional inesperado y un notable valor estratégico, máxime cuando la cooperación política entre los países de la subregión alcanzó cierto nivel de institucionalización.

En este marco, si bien la retórica de la política exterior argentina conservó la tradición latinoamericanista, su esfuerzo diplomático se volcó hacia el ámbito sudamericano al cual percibió como un espacio probable para disentir con los intereses estadounidenses, y de este modo asegurar la libertad de decisión y de acción internacional, fundamentalmente después de haber resuelto gran parte del *default*. La vigencia del Mercosur, como la presencia económica de China en la subregión, fueron dos factores que alentaron la conveniencia por la cooperación e integración sudamericana. La atención y las expectativas centradas en torno al legado mercosureano, justificaron el apego argentino por la subregión bajo la creencia de que era factible conformar un bloque de poder de más estados miembros, de considerable complejidad institucional y con alto dinamismo político. Esta creencia, también se asentó en la voluntad china de querer resolver la conexión con Sudamérica a través del Mercosur. Por estos factores, y por la misma jerarquía internacional de la subregión, la política exterior argentina se invistió de más sudamericanismo que latinoamericanismo, lo cual fue toda un acontecimiento en la trayectoria de tal política.

AMÉRICA LATINA Y SUDAMÉRICA

La preferencia de la política exterior argentina por América Latina como punto de apoyo para fortalecer el disenso con objetivos estadounidenses durante la Guerra Fría, fue una alternativa interesante que le permitió al país abrir o ampliar márgenes de maniobrabilidad internacional. La política de bilateralismos con países latinoamericanos inaugurada por los dos primeros gobiernos de Perón, fue el comienzo de una serie de acciones externas enfocada en la región en virtud del aislamiento internacional al cual estaba sometida Argentina por decisión estadounidense en la etapa de la bipolaridad rígida. Vale señalar que hasta ese momento, Argentina había demostrado desinterés por afianzar lazos estrechos con la mayor parte de los países latinoamericanos, y sólo prestaba su atención a la región para oponerse diplomáticamente al intervencionismo de Estados Unidos, reivindicando la paz y el derecho internacional. El bilateralismo en general, y el ejercido con países latinoamericanos en particular, resolvió de manera práctica y concreta una situación internacional adversa, por encima de las pretensiones estadounidenses sobre Argentina.

Los convenios comerciales y de aprovechamiento del Río Uruguay firmados con Brasil y Uruguay, y los tratados de unión económica con Bolivia, Chile, Ecuador, Nicaragua y Paraguay, testimoniaron aquella avanzada de la política regional. Estuvo la propuesta de conformar una Unión Económica Latinoamericana, como así también el proyecto de reeditar el ABC de 1915. Pero fueron sólo intenciones frustradas, lo decisivo giró en torno a los beneficios políticos y económicos de las relaciones bilaterales mencionadas anteriormente. El intento de Perón vinculado a la formación del ABC como bloque político, de cooperación económica y unión aduanera, neutralizado por Washington a través de la intermediación de actores domésticos de Brasil que presionaron al presidente Getulio Vargas, fue retomado en el gobierno de Frondizi mediante la firma del Acuerdo de Uruguayana. En un primer momento, Estados Unidos percibió que tal acuerdo no trastocaba su interés nacional como sí lo había creído respecto a la alianza entre Perón, Vargas y el presidente chileno Carlos Ibáñez del Campo.

El Acuerdo de Uruguayana significó un salto cualitativo de la diplomacia argentina y de la misma Latinoamérica, al institucionalizar la cooperación política entre potencias de similar condición estatal e internacional, y diseñar una estructura única de poder regional que determinaba la concertación de decisiones comunes, el replanteo de las relaciones militares y el deber de compartir responsabilidades hemisféricas. Esta estructura, desde la cual se negociaba sumar a Chile, portó una coincidencia inédita para la época como fue la de impulsar una política exterior sudamericana. Sin embargo, lo más buscado por Frondizi y el presidente brasileño Jânio Quadros, fue el querer plasmar la premisa cepalina de la integración regional, para sostener el cambio de patrón productivo y la comercialización de manufactura de origen industrial, a lo cual supuestamente apuntaban ambos países. Pero la inestabilidad institucional en una y otra nación, más el impacto y repercusión continental de la revolución cubana, abreviaron el recorrido del acuerdo concebido primariamente por el gobierno argentino.

Esta ampliación del margen de maniobrabilidad internacional, apartándose de Estados Unidos sin confrontar con él, fue acompañada por otra experiencia importante que pudo tener continuidad hasta el presente como fue la creación de la ALALC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio) seguida por la ALADI (Asociación Latinoamericana de Integración), siendo Frondizi uno de los principales promotores del bloque al pensarlo funcional al comercio exterior de Argentina. El fomento de este comercio también fue una preocupación del gobierno de Illia puesta en evidencia a través de la cancillería, que redundó en un notable crecimiento de las exportaciones hacia países latinoamericanos, y la particularidad de emprender intercambio mercantil con naciones del entonces flamante Mercado Común Centroamericano. Sin embargo, la política exterior privilegió la amistad diplomática, complementación económica e integración con los vecinos Bolivia, Paraguay, Uruguay, y principalmente Chile. Lo que no prosperó, en un principio por la indiferencia del gobierno militar brasileño y luego por el golpe de Estado de 1966, fue la iniciativa de Illia referida al proyecto de integración de la Cuenca del

Plata, el cual se puso en vigencia años más tarde desnaturalizando sus propósitos primigenios, y que luego Perón -en su tercera gestión- quiso reactivar con metas geoeconómicas.

La predilección de la política exterior por América Latina para demarcar el interés estratégico del espacio geográfico del interés nacional del hegemon, y de este modo tratar de manejar una disponibilidad regional e internacional superior, estuvo en vigor en la administración de Alfonsín al proponerle al Brasil redemocratizado el fin de la desconfianza diplomática y la rivalidad geopolítica, y el compromiso a favor de la cooperación bilateral entre ambos países. Si bien los regímenes militares precedentes en uno y otro país habían iniciado el proceso de acercamiento en algunas cuestiones bilaterales, el corolario que dejó la Declaración de Foz de Iguazú entre Alfonsín y el presidente brasileño José Sarney, fue preludiar un ensayo de integración regional para sumar países latinoamericanos, teniendo como referencia lo realizado institucionalmente por Europa. El pacto por el uso pacífico de la estructura nuclear que tenía uno y otro país, como la profundización de la integración mediante actas, protocolos sectoriales, tratados y acuerdos de complementación económica, determinaron un entorno tangible que le dio sustento simbólico al ideal unionista. Con un modelo de integración diferente al pensado por la dupla Alfonsín-Sarney, el Mercosur terminó por coronar -en parte- el ideal unionista surgido en Foz de Iguazú.

A partir de 2003, los gobiernos de Argentina y Brasil procuraron prescindir del concepto de mercado de los noventa en el cual se había inspirado el Tratado de Asunción, y en su lugar valorizaron la cooperación política para articular la integración regional. Para Argentina, el Mercosur fue el ámbito más apropiado y consistente destinado a consumir la inserción internacional del país, y desde el mismo arbitrar una posición de política exterior con más soltura. Pero no fue así, el bloque pasó a un segundo plano de la diplomacia argentina que eligió orientar su agenda hacia Sudamérica y encontrar en este espacio más holgura internacional, suponiendo una mayor envergadura política y económica a la ostentada por el esquema mercosureano. No obstante, tal agenda se concentró en la relación con Brasil y Venezuela, y en menor medida con Chile. Fue selectiva al descuidar el vínculo con los otros socios fundadores del Mercosur, Paraguay y Uruguay, y al desistir de resolver con cada uno algunas de las tensiones bilaterales, de las viejas como de las nuevas. También, desatendió lazos con otros países sudamericanos como por ejemplo Colombia y Perú, cuando en ambos casos hubo oportunidades para ahondar comercialmente las relaciones bilaterales, sobre todo desde el punto de vista de la exportación de manufactura de origen industrial.

La relación con Brasil y Venezuela, claramente densa, definió -en gran medida- la afinidad argentina por América del Sur. Con Brasil, después de las cumbres de Brasilia y Buenos Aires, renovó el legado de la "alianza estratégica" sellada entre los dos países, la cual cobró una fuerza extraordinaria cuando lograron desactivar el proyecto estadounidense del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). Esta acción conjunta le hizo sentir al gobierno argentino su alejamiento de Washington y la posibilidad de sostener una relación más inten-

sa con Brasilia. Sobre esta relación, por encima de la sepultura del ALCA, hubo un motivo crucial como fue la expectativa de profundizar el lazo con el mercado brasileño, que se había convertido en el principal cliente comprador de manufactura de origen industrial, sobre todo del rubro automotriz. Por el muy importante aumento del intercambio comercial de 2 mil millones de dólares en 1990 a 40 mil millones de la misma moneda en 2011, el gobierno argentino creyó que estaba a las puertas de cumplir con la promesa política de concretar el “desarrollo sustentable” para la economía nacional. La sociedad económica establecida entre ambas naciones en los noventa y luego vigorizada en este siglo, como la armonía política consagrada a partir de 2003, determinaron una relación especial que para Argentina comportó ubicar al vecino en el centro de su diplomacia, con el fin de asegurar la maniobrabilidad internacional del país.

También el vínculo con Venezuela fue especial, y tendió a garantizar un mayor margen de desplazamiento internacional de Argentina. El apogeo de las *commodities* puso a los dos países en una sintonía política y económica inédita en la historia de las relaciones bilaterales y de la subregión, hasta el punto que el gobierno argentino promovió la incorporación venezolana al Mercosur. Por otra parte, Buenos Aires y Caracas acordaron la letra de constituir una “alianza estratégica” en base a la compatibilidad de riquezas entre lo que era la potencia agrícola y lo que era la potencia energética. Pero la convergencia fue más sustancial que formal, por cuanto los intereses gubernamentales de uno y otro país se enmarcaron en una cosmovisión semejante frente al mundo, con un importante acento soberanista y de apertura de vinculaciones internacionales no tradicionales. Coincideron en la necesidad de convenir posiciones diplomáticas afines en foros multilaterales para defender la multipolaridad y el acotamiento del poder de Estados Unidos y de los organismos internacionales de crédito.

La relación especial de Argentina con Brasil y Venezuela, además de imprimir densidad en cada caso, fue una relación que acuñó intensidad. Por ello, no fue casual el anclaje del gobierno argentino en Sudamérica lo cual se explica -en gran medida- a través de la agenda bilateral con México, potencia regional que de algún modo atestiguaba la vigencia del ámbito latinoamericano. Esta agenda se caracterizó por los vaivenes bilaterales, y fue de trazo híbrido en la interacción entre las dos naciones. El Acuerdo de Asociación Estratégica firmado por ambos países en 2007, dejó atrás la paradoja entre una buena relación comercial y una mala relación política, pero desde su vigencia no existió el crecimiento de la cooperación que se esperaba en diversas cuestiones, siendo muchas, ni la coordinación de posturas comunes en foros regionales e internacionales como se había pactado. Curiosamente fue quedando otra paradoja, entre una buena amistad diplomática y un descenso pronunciado del intercambio comercial y de las inversiones mexicanas en territorio argentino.

PODER PROPIO Y PODER COMPARTIDO

Las acciones de política exterior impulsadas por los gobiernos democráticos hacia América Latina durante la Guerra Fría, lograron hacer a un lado el peso estadounidense sobre la toma de decisiones de tal política. Algo similar sucedió cuando las acciones de política exterior se orientaron hacia Sudamérica, entre 2003 y 2015, aunque en este caso más que apartar a Estados Unidos de su influencia sobre el derrotero argentino, se trató del deseo de un alejamiento de la potencia hegemónica. Como quedó expresado *ut supra*, los escenarios fueron muy disímiles, y en este sentido el contexto internacional de la bipolaridad resultó desfavorable para Argentina, no así el contexto internacional de gran parte de la actual centuria que para el país tuvo una tendencia favorable. Otra diferencia a destacar, ligada a lo precedente, fue que los gobiernos democráticos del período de la tensión Este-Oeste tuvieron muchas dificultades para controlar el proceso de toma de decisiones de la política exterior, por la participación directa e indirecta del poder militar en tal proceso y por la persistencia de una burocracia diplomática no profesional, en cambio en este siglo, la figura presidencial dominó -con estilo centralizador- la conducción de las relaciones internacionales del país.

La opción latinoamericanista elegida por los gobiernos democráticos fue la iniciativa que apuntó a sortear un aumento de la vulnerabilidad externa del país, como miembro forzado del bloque occidental. Esos gobiernos, desde el Sur tuvieron una mirada y una gestión universal para discutir y negociar frente al Norte, pero la conexión con los países de América Latina fue la carta más importante y valiosa de la política exterior. Los bilateralismos abiertos por Perón, más la determinación de Frondizi de poner en funcionamiento la ALALC y darle vida al Acuerdo de Uruguayana, la política de vecindad de Illia y la integración regional despuntada por Alfonsín, fueron acciones de política exterior que configuraron un poder propio de Argentina frente al mundo de esa época caracterizado como hostil, dividido y desigual. A todas luces, esas acciones fueron una consecuencia de decisiones independientes que no estuvieron basadas en la relación con otro actor poderoso, ni en el establecimiento de un nuevo vínculo de dependencia. Es decir, no se trató del desplazamiento de una potencia para ser reemplazada por otra, o bien de abandonar un bloque para integrar algo similar. Se trató de un poder político o blando que procuró despejar restricción externa y sostener las capacidades materiales del país en las relaciones internacionales, al menos mientras durara la gestión constitucional siempre amenazada por el poder militar.

Por su parte, la opción sudamericanista del gobierno argentino tuvo dos etapas en la construcción de poder para desviar la presión estadounidense. La primera etapa fue el fracaso del empeño por avivar el Mercosur con el fin de plasmar los preceptos doctrinarios y normativos del Tratado de Asunción, referidos a los mecanismos de una integración muy superior a la que se estaba llevando a cabo. Luego, se sustanció la etapa en la cual Argentina se comprometió con una escala mayúscula al Mercosur como fue la integración sudamericana, bajo la perspectiva de estar formalizando una esfera de cooperación de intereses comunes separada del diseño hemisférico

de Estados Unidos, y sobre la base de las “alianzas estratégicas” con Brasil y Venezuela. De algún modo, lo que la Casa Rosada esperó vislumbrar a través del Mercosur y que no pudo ser, creyó apreciarlo mediante el empoderamiento de la subregión, al menos desde el punto de vista político e institucional y con cierta fuerza en las relaciones internacionales. Existió el convencimiento gubernamental de que las acciones de política exterior dirigidas hacia esta avanzada sudamericana, conducían a la minimización del poder estadounidense.

Sin embargo, el liderazgo de Brasil en la mencionada avanzada fue claramente determinante de un orden subregional al cual Argentina se acopló, en principio con alguna resistencia cuando se creó la Comunidad Sudamericana de Naciones, y luego con gran entusiasmo cuando se constituyó la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas), a sabiendas de que esta institución estaba relacionada con el objetivo brasileño de proyectar el país en la escala global (Sanahuja, 2010, p.123; Lechini, 2011; Brun y Muxagato, 2012). En el enlace del gobierno argentino con este orden subregional gravitó la estructuración institucional del mismo, al considerar que expresaba un ejercicio asociado de poder derivado de coincidencias políticas preliminares entre países sudamericanos, como había sucedido en 2005 a través del naufragio del esquema tripolar llamado “Eje del Sur”². Para la diplomacia de Buenos Aires, Unasur fue no sólo una instancia de conciliación multilateral e integración regional que guardaba relación directa con sus principios de política exterior, también fue un instrumento válido en el refuerzo del poder externo del país en el momento en el cual la globalización estaba quedando a merced de las regiones y de los regionalismos. Justamente, una época de poderes emergentes y de potencias regionales.

Brasil se inscribió en aquél período comportándose como potencia regional mayor, y Argentina siguió tal comportamiento internacional, aun percibiendo que su vecino ponía en circulación el proyecto sudamericano promovido en 1993 para posicionarse en situación de jugador global, tutelando la subregión ante el mundo (Gomes Saraiva, 2012, p.96; Vigevani y Ramanzini, 2014, p.518; Pinheiro y Gaio, 2014, p.9), y asumiendo cierta responsabilidad por la estabilidad política del subcontinente (Mejía, 2012, p.114). La función de escolta desempeñada por el gobierno argentino tuvo cierta racionalidad porque a través de la misma trató de dotar de poder a su política exterior, atento a la trascendencia que en los primeros años de este siglo tenía el concepto de integración, como augurio de armonía de intereses y de cohesión diplomática.

Pero el poder con el que contó la política exterior argentina en ese momento no fue un poder propio, se trató de un poder compartido como consecuencia de la renovación del ideal unionista. Las acciones de política exterior destinadas al afianzamiento sudamericano se apoyaron en decisiones concordantes con el diseño resuelto por la potencia regional mayor. El diseño brasileño tuvo que ver con su papel global, muy activo, dedicado a la “internacionalización de sus intereses capitalistas”, lo cual, por un lado demostraba su diferencia con países periféricos (Milani, Pinheiro y Soares de Lima, 2017, p.597), y por el otro, en base a la integración regional,

² En marzo de 2005, en ocasión de la asunción de Tabaré Vázquez como presidente de Uruguay, en Montevideo, Néstor Kirchner, el presidente de Brasil, Luiz Inacio Lula da Silva, y el de Venezuela, Hugo Chávez, coincidieron en el proyecto de conformar un eje político que determinara el recorrido de la subregión.

procuraba cooperar con su poder (Turcotte, 2008). Para el gobierno argentino ese poder fue valioso, y lo compartió. Fue un poder de tipo político cuya fortaleza se incrementó en la oposición al ALCA, lo cual para la Casa Rosada entrañó el comienzo del desplazamiento de Estados Unidos de su agenda externa. No obstante, en poco tiempo ese poder se desnaturalizó y perdió valor para Argentina una vez que Brasil se desmarcó hacia la formación de IBSA, G-5 y BRICS³, por citar tres casos muy claros de su conducta global como potencia regional mayor.

LA DOBLE DEPENDENCIA

La relación de Argentina con Estados Unidos, en el presente siglo, volvió a ser oscilante entre la cercanía y el distanciamiento de los dos países. Predominaron las tensiones, hasta el punto que hubo un notorio desencuentro consentido en la agenda bilateral, sobre todo a partir de 2011. En esa instancia el gobierno argentino reforzó el vínculo con China y Rusia, como asimismo -diplomáticamente hablando- produjo el “retorno” del país al Sudeste Asiático para mejorar su comercio exterior. Por encima de algunos roces políticos, Brasil siguió estando en lo más alto de las relaciones exteriores, considerándolo -junto al lazo que tenía con Venezuela- un soporte de respaldo fundamental para su participación regional e internacional (Wehner, 2015). Sin embargo, la dirección que tomó tal relación distó de lo imaginado y esperado por el gobierno argentino, y al respecto es posible tener en cuenta dos motivos.

Por un lado, Estados Unidos siguió estando en el podio de la política exterior brasileña como lo era históricamente, a pesar de que ésta política entre 2003 y 2010 tuvo carácter global (Milani, 2011). Más aún, después de impedir que prosperara el proyecto del ALCA en la cumbre de Mar del Plata, Brasil vigorizó -curiosamente- el “diálogo estratégico” con Washington bajo la consigna de estar juntos como “potencias asociadas” (Pecequilo, 2008). En otros términos, los intereses convergentes entre los dos países fueron mucho más relevantes que lo sucedido en aquella Cumbre de las Américas (Mujal y González, 2011, p.70). De modo que el parentesco político entre el hegemon y el pivot se mostró invariable. Por otro lado, desde 2011 la “agenda integracionista” de la política exterior brasileña se debilitó como efecto directo del bajo perfil de esta política, lo cual produjo una pérdida de liderazgo subregional a expensas de la “presencia de China y la contrarreacción de Estados Unidos” (Alves do Carmo y Pecequilo, 2016, p.55 y p.73), situación que afectó el posicionamiento internacional de Argentina.

La intención de Buenos Aires de asentarse en el ámbito sudamericano para desde ese espacio tener mayor poder de discrepancia con los objetivos estadounidenses, como una forma de reducir dependencia, chocó con la relación especial que existía entre Brasilia y Washington (Hakim, 2014; Farnsworth, 2015). La articulación de intereses entre Brasil y Estados Unidos

³ El foro IBSA (India, Brasil, Sudáfrica) se inauguró en 2003, mientras que el G-5 (Brasil, China, India, México y Sudáfrica) se convocó en 2005, y al año siguiente se formalizó el BRIC (Brasil, Rusia, India, China) al cual en 2011 se incorporó Sudáfrica.

fue más fuerte que la afinidad política acuñada en ese momento por los gobiernos de la potencia regional mayor y de Argentina. El poder de disenso de este país con el hegemón fue efímero y careció de sustentabilidad (Miranda, 2018), a lo cual se agregó la imposibilidad de profundizar su involucramiento en Sudamérica, de manera separada del diseño subregional de Brasil.

Esta realidad ratificó la tesis de la doble dependencia (Figari, 1997, p.195-196), surgida en el contexto de los noventa del siglo pasado, cuando Argentina practicaba el alineamiento político con Estados Unidos, y paralelamente, concentraba gran parte de su comercio exterior con Brasil a través de la exportación de manufactura de origen agropecuario y de manufactura de origen industrial, registrando una balanza superavitaria hasta 2003⁴. Las “relaciones carnales” con Washington fueron abandonadas, pero más allá de la voluntad del gobierno argentino, el país siguió perteneciendo a la esfera de influencia estadounidense. Por distintos motivos, no pudo disminuir la dependencia estructural con la potencia hegemónica, que era la impronta ineludible del vínculo bilateral. Al mismo tiempo, la asimetría en la interdependencia comercial con Brasil se fue incrementando de manera persistente hasta crear una situación de dependencia para Argentina (Miranda, 2014), la cual -por otra parte- portó en términos políticos la novedad de escoltar el proyecto sudamericano del país vecino.

La asimetría comercial tuvo que ver con los saldos cada vez más amplios del déficit del intercambio entre ambos países, los cuales sumaron desde 2003 a 2015 alrededor de 50 mil millones de dólares. Sin embargo, lo significativo de la citada asimetría estuvo vinculado al proceso en el cual la mayor parte de las exportaciones de manufactura de origen industrial tuvo como destino Brasil, quien a la vez abastecía de los insumos requeridos por Argentina para producir el material de transporte terrestre que le vendía a su vecino⁵. Sobre la base de esta relación de dependencia comercial, el gobierno argentino inspirado en las coincidencias políticas con su par brasileño, creyó en la posibilidad de dar vuelta tal dependencia, entendiendo que la alianza bilateral caminaba rumbo a un modelo de cooperación por consenso para moldear el proyecto sudamericano en marcha. Principalmente, la motivación estaba en negociar algo mucho más relevante que acuerdos de transacciones comerciales. Pero no fue así, se impuso un modelo de cooperación por liderazgo, y el desinterés brasileño por la propuesta del ministro de Economía, Roberto Lavagna, para reindustrializar Argentina junto al Brasil industrializado, fue una muestra contundente de la divergencia subyacente que existía entre ambos países.⁶

⁴ En 1998, el 56% de las exportaciones a Brasil eran de manufactura de origen agropecuario, y el 14% de manufactura de origen industrial, según datos del Indec.

⁵ En 2003, las exportaciones de manufactura de origen industrial representaron el 46% del total de lo enviado por Argentina a Brasil, mientras que en 2011 alcanzaron el 67% del total de lo vendido al país socio del Mercosur. Ver, Daniel Berrettoni y Mariángeles Polonsky (2011) y Ricardo Carciofi y Rosario Campos (2016).

⁶ La citada propuesta fue de setiembre de 2004 y reiterada en mayo del año siguiente. Entre otras cuestiones, planteaba la coordinación estratégica de las políticas industriales de ambos países, un sistema de salvaguardias, el control de variables destinadas a la integración de cadenas productivas y un reparto equitativo de las inversiones extranjeras. Brasil respondió, en febrero de 2006, con un protocolo llamado Mecanismo de Adaptación Competitiva, Integración Productiva y Expansión Equilibrada y Dinámica del Comercio, en el marco del ACE nro.14, cuyo contenido estuvo muy lejos de lo esbozado por Lavagna.

CONCLUSIÓN

La política exterior de los gobiernos democráticos durante la Guerra Fría, como de las gestiones kirchneristas en este siglo, tuvo vocación autonomista. En el contexto de la bipolaridad mundial, la profesión por una autonomía de la política exterior estuvo implícita en discursos y expectativas de los diferentes gobiernos democráticos, que buscaron moderar la influencia estadounidense sobre sus decisiones y acciones. En ese contexto, tan adverso por múltiples razones, la política exterior logró traducir en realidad un sesgo autonomista de alto impacto para la época, al permitirse discrepar con la potencia hegemónica, muy intolerante a los desafíos periféricos. La apertura del margen de maniobrabilidad internacional a través de la relación con países latinoamericanos, en base a la capacidad de persuasión de la diplomacia argentina, representó la materialización de una política exterior autonomista. Fue una iniciativa que construyó poder propio relegando a Estados Unidos de sus opciones internacionales, y sin tener otro actor poderoso por encima de sus decisiones.

En la presente centuria, el deseo autonomista fue explícito para conducir las relaciones exteriores de Argentina, y en este sentido el vínculo con Estados Unidos ocupó un lugar destacado para contrarrestar su incidencia en las políticas nacionales. De esta forma, el gobierno argentino se distanció de Washington quitándole el protagonismo que en su agenda externa había tenido en otros momentos, y movilizó la misma a través de la intensificación del lazo con países sudamericanos. Lo que talló en esta situación, y que desde Buenos Aires se ponderó, fue la relevancia de la cooperación política en la subregión como la posibilidad de coordinar institucionalmente diferentes áreas temáticas. La ilusión depositada en el Mercosur fue superada por la entidad que cobró Sudamérica, la cual pareció ser la promesa de un nuevo camino de integración periférica. Pero Brasil, como principal hacedor de tal tendencia regional, asoció poder, lo compartió regulándolo desde su proyección internacional, y en este marco de convergencia la política exterior argentina vio acotada su dosis autonomista ante el actor poderoso.

Las dos experiencias de política exterior pusieron de manifiesto que Argentina forzó el deslinde entre el interés nacional de la potencia hegemónica y el interés estratégico del espacio geográfico al cual pertenece. La elección de América Latina en un caso y de Sudamérica en el otro, fue una determinación política tendiente a inhibir el uso que Estados Unidos hacía de la región para vetar resoluciones distintas a sus objetivos de dominación. La retórica integracionista fue un aspecto sobresaliente, y muy positivo, en uno y otro intento por reducir dependencia. Sin embargo, la viabilidad de este intento pasó fundamentalmente por las relaciones bilaterales que Argentina sostuvo con países de la región, teniendo como telón de fondo la esperanza de la integración. En esas interacciones es cuando el discurso cede ante el despliegue que hace un actor estatal de su poder político, lo cual aconteció en la etapa de los vínculos de Argentina con naciones latinoamericanas, no así en el momento de sus relaciones con países sudamericanos. En esta situación predominó el interés estratégico de Brasil sobre la subregión

a través de la cual Argentina alivió su dependencia con Estados Unidos, pero reforzó la dependencia con su vecino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alves do Carmo, C. y Pecequilo, C. (2016). O Brasil eo vácuo de liderança regional: O avanço sino-americano (2011-2016). *Austral. Revista Brasileira de Estratégia e Relações Internacionais*, nro.9, pp.54-75.

Berrettoni, D. y Polonsky, M. (2011). Evolución del comercio exterior argentino en la última década: origen, destino y composición. *Revista del CEI*, nro.19, pp. 81-99.

Brown, W. (2013). Sovereignty Matters: Africa, Donors, and the Aid Relationship. *African Affairs*, vol.112, nro.447, pp.262-282.

Brun, E. y Muxagato, B. (2012). El proyecto internacional brasileño (2003-2010): Intenciones regionales y proyección global vía las relaciones Sur-Sur. *Anuario Americanista Europeo*, nro.10, pp.91-116.

Carciofi, R. y Campos, R. (2016). *Inserción internacional de la economía argentina*. Buenos Aires: CECE.

Dallanegra Pedraza, L. (2010). Política latinoamericana. Su inserción mundial (Hacia una teoría política realista-sistémica-estructural sobre América Latina). *Reflexión Política*, nro.23, pp.34-51.

Farnsworth, E. (2015). America Must Take Brazil Seriously, *The National Interest*, July-August. En disponible en <https://nationalinterest.org/print/feature/america-must-take-brazil-seriously-13111>. Recuperado el 18/05/2017.

Figari, G. (1997). *De Alfonsín a Menem. Política exterior y globalización*. Buenos Aires: Memphis.

Fonseca, C. (2008). O governo George W. Bush e o relacionamento EUA-América Latina. *Relações Internacionais*, nro.19, pp.147-158.

Gomes Saraiva, M. (2012). Procesos de integración de América del Sur y el papel de Brasil: los casos del Mercosur y la Unasur. *Revista CIDOB d'afers internacionals*, nro.97-98, pp.87-100.

Hakim, P. (2014). The future of US-Brazil relations: confrontation, cooperation or detachment?. *International Affairs*, vol.90, nro.5, pp.1161-1180.

Kacowicz, A. (2008). América Latina en el mundo: globalización, regionalización y fragmentación. *Nueva Sociedad*, nro. 214, pp.112-123.

Kalinsky, B. y Russell, R. (1986). *Ideas políticas y unidad latinoamericana: hacia una superación de la dicotomía utopismo-pragmatismo*. Flacso/Programa Argentina, nro.5.

Lechini, G. (2011). Las paradojas de Brasil en el siglo XXI líder regional o jugador global?. *Comentario Internacional. Revista del Centro Andino de Estudios Internacionales*, nro.11, pp.171-187.

Mejía, L. (2012). *Geopolítica de la integración subregional. El rol de Brasil*. Quito: La Huella.

Milani, C., Pinheiro L. y Soares de Lima, M.R. (2017). Brazil's foreign policy and the "graduation dilemma". *International Affairs*, vol.93, nro.3, pp.585-605.

Milani, C. (2011). A importância das relações Brasil-Estados Unidos na política externa brasileira. *Boletim de Economia e Política Internacional*, nro.6, 69-85.

Miranda, R. (2018). Política exterior y poder internacional de Argentina durante los gobiernos kirchneristas. *Reflexión Política*, nro.39, pp.122-142.

Miranda, R. (2014). Comercio y política: Argentina entre las potencias y las no potencias. *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, n° 59, pp.41-67.

Mujal, E. y González, A. (2011). A relações Estados Unidos-Brasil: perspectivas para uma parceria. *Relações Internacionais*, nro.29, pp.59-81.

Pecequillo, C. (2008). As relações bilaterais Brasil-Estados Unidos (1989-2008). *Nueva Sociedad*, especial em português, pp.86-103.

Pinheiro, L. y Gaio, G. (2014). Cooperation for development, brazilian regional leadership and global protagonism. *Brazilian Political Science Review*, vol.8, nro.2, pp.8-30.

Rocha, A. y Morales, D. (2008). El sistema político internacional de post Guerra Fría y el rol de las potencias regionales mediadora. *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol.XV, nro.43, pp.23-75.

Sanahuja, J. (2010). La construcción de una región: Sudamérica y el regionalismo posliberal, en Manuel Cienfuegos y José Sanahuja (eds.) *Una región en construcción. Unasur y la integración de América del Sur*. Barcelona: CIDOB, pp.87-135.

Turcotte, S. (2008). La política de Brasil hacia Sudamérica: entre voluntarismo y resistencia. *Foro Internacional*, nro.194, pp.785-806.

Vigevani, T. y Ramanzini, H. (2014). Autonomia, integração regional e política externa brasileira: Mercosul e Unasul. *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol.57, nro.2, pp.517-552.

Wehner, L. (2015). Role Expectations as Foreign Policy: South American Secondary Powers Expectations of Brazil as a Regional Power. *Foreign Policy Analysis*, vol.11, nro.4, pp.435-455.

CURRICULUM VITAE

Roberto Miranda

Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Profesor Titular en la Universidad Nacional de Rosario.

Profesor de posgrado en la Universidad Nacional de La Plata.

Director de la Maestría en Relaciones Internacionales en la Universidad Católica de Santa Fe.

robertoxmiranda@yahoo.com.ar